



TERRORISMO

LA TEORÍA DE LAS DOS PIRÁMIDES

SU APOORTE AL ESTUDIO DEL TERRORISMO

Francisco Javier
Moreno Oliver

Doctor en Psicología. ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-9306-2125>



INTRODUCCIÓN

El terrorismo contemporáneo representa un desafío central para la seguridad internacional y la cohesión social debido a su carácter violento, simbólico y, frecuentemente, transnacional (Neumann, 2013).

Tradicionalmente, muchos estudios asumieron que la radicalización ideológica conducía inevitablemente a la violencia; sin embargo, investigaciones recientes han demostrado que esta relación es compleja y no lineal (Horgan, 2008; Schmid, 2013). La mayoría de las personas que sostienen creencias extremistas nunca se involucran en actos terroristas, mientras que solo una minoría transita desde la opinión hacia la acción violenta. Esta evidencia ha motivado la creación de marcos teóricos que diferencien claramente entre pensamiento radical y comportamiento violento.

En este contexto, la teoría de las dos pirámides, propuesta por McCauley y Moskaleiko (2008a, 2017a), constituye



una de las contribuciones más relevantes. Su principal aporte radica en mostrar que la radicalización cognitiva es mucho más extendida que la radicalización conductual, ofreciendo explicaciones no deterministas sobre por qué solo algunos radicalizados llegan a la violencia (Borum, 2011; McCauley & Moskalenko, 2008a).

RADICALIZACIÓN Y TERRORISMO: PRECISIONES CONCEPTUALES

La radicalización se entiende como un proceso gradual mediante el cual individuos o grupos adoptan ideas, emociones y narrativas que cuestionan el orden social o político establecido y que pueden legitimar la violencia (Horgan, 2008). Sin embargo, equiparar radicalización con terrorismo simplifica la realidad y puede criminalizar la disidencia política.

Es crucial diferenciar entre radicalización ideológica —común en contextos de polarización social— y radicalización violenta, que representa una forma extrema y minoritaria de acción política (Schmid, 2013). Mientras la primera puede ser influida por marcos interpretativos, agravios percibidos o procesos de socialización, la segunda depende de factores adicionales como pertenencia a redes cerradas, normalización de la violencia, deshumanización del adversario y oportunidades concretas de acción (Borum, 2011; Horgan, 2008).

ORIGEN Y FUNDAMENTOS DE LA TEORÍA DE LAS DOS PIRÁMIDES

McCauley y Moskalenko (2008a, 2017a) desarrollaron su teoría desde la psicología social para explicar cómo individuos ordinarios pueden adoptar posturas extremistas o participar en violencia política. La premisa central del modelo es que la radicalización no es lineal ni necesariamente violenta: la mayoría de las personas con ideas extremistas no pasan a la acción. El modelo utiliza la metáfora de la pirámide para visualizar la relación inversa entre el número de individuos y el grado de radicalización. La innovación clave reside en distinguir entre:

- Pirámide de la opinión: actitudes, creencias y apoyo simbólico o moral a la violencia.
- Pirámide de la acción: conductas concretas, desde apoyo indirecto hasta participación directa en actos terroristas.

Esta separación permite comprender por qué muchos individuos radicalizados cognitivamente no se convierten en actores violentos y cómo interactúan factores individuales, grupales y contextuales en la escalada hacia la violencia (McCauley & Moskalenko, 2008b; Neumann, 2013; Borum, 2011).

LA PIRÁMIDE DE LA OPINIÓN

La pirámide de la opinión constituye un componente central de la teoría, ya que permite visualizar la distribución de la radicalización ideológica en la sociedad y los distintos grados de apoyo o justificación de ideas extremistas.



Representa la dimensión cognitiva del proceso de radicalización, es decir, lo que las personas piensan y aceptan como legítimo, sin implicar necesariamente acción directa o violenta.

- Base: población general, sin creencias extremistas, que mantiene su orientación dentro de los márgenes de la norma.
- Niveles intermedios: individuos que muestran afinidad por causas radicales, participan en debates o adoptan posiciones críticas hacia el sistema, pero rechazan explícitamente la violencia (Horgan, 2008).
- Niveles superiores: personas que justifican moralmente la violencia como herramienta para alcanzar objetivos ideológicos, aunque no participen directamente en actos terroristas (Schmid, 2013; Borum, 2011).
- Cúspide: extremistas ideológicos comprometidos con una cosmovisión rígida, capaces de influir simbólicamente en los niveles inferiores.

Esta pirámide evidencia que la radicalización cognitiva puede permear amplios sectores de la población sin generar amenaza inmediata. Comprender esta dinámica es esencial para diseñar estrategias de educación, diálogo comunitario, sensibilización y promoción de valores democráticos, evitando la estigmatización (McCauley & Moskalenko, 2008a, 2017a; Horgan, 2008; Schmid, 2013).

Además, la pirámide de la opinión permite analizar cómo cambios sociales, políticos o económicos pueden influir en la movilidad dentro de la pirámide, mostrando la radicalización como un proceso dinámico y contextualizado (Neumann, 2013; Kruglanski et al., 2014).

LA PIRÁMIDE DE LA ACCIÓN

Esta pirámide complementa la pirámide de la opinión, centrándose en la dimensión conductual de la radicalización y mostrando el grado de implicación práctica de los individuos en actividades extremistas o terroristas (McCauley & Moskalenko, 2017b).

- Base: radicalizados cognitivamente que no cometen delitos ni acciones ilegales, permaneciendo dentro de la legalidad (Horgan, 2008; McCauley & Moskalenko, 2008b).
- Niveles intermedios: individuos que apoyan indirectamente a organizaciones extremistas mediante propaganda, reclutamiento, logística o financiación, contribuyendo a la socialización dentro de redes radicalizadas (Borum, 2011; Kruglanski et al., 2014).



- Cúspide: terroristas operativos responsables de planificación y ejecución de ataques, grupo muy reducido en comparación con los niveles inferiores (McCauley & Moskalenko, 2017a).

La diferencia de anchura entre la pirámide de la acción y la de la opinión refleja que la violencia es excepcional. Factores contextuales, sociales e individuales, como redes cerradas, liderazgo carismático, percepción de agravios y oportunidades concretas para la acción violenta, median el tránsito de la ideología a la acción (Kruglanski et al., 2014; Horgan, 2008). Comprender estas dinámicas es fundamental para diseñar intervenciones tempranas y programas de desradicalización, incluyendo monitorización de redes extremistas, reintegración social, educación para la resiliencia y prevención digital (Neumann, 2013; Borum, 2011).

FUNDAMENTACIÓN BIOPSIOLÓGICA DE LA TEORÍA DE LAS DOS PIRÁMIDES

La teoría de las dos pirámides constituye uno de los marcos explicativos más influyentes para comprender los procesos de radicalización violenta. Desde un paradigma biopsicológico, esta teoría permite integrar factores individuales, cognitivos, emocionales y sociales que influyen en la progresión desde actitudes radicales hasta la participación en la violencia extremista.

A partir de este paradigma, la pirámide de la opinión puede analizarse en términos de procesos cognitivos y emocionales. Como se ha indicado anteriormente, en su base se encuentran individuos con opiniones neutrales o moderadas, mientras que en los niveles superiores aparecen actitudes progresivamente más polarizadas y justificadoras de la violencia.

Este ascenso se ve favorecido por sesgos cognitivos como el pensamiento dicotómico, la atribución externa de culpa y la deshumanización del exogrupo, procesos ampliamente estudiados en la psicología social y vinculados a la activación de respuestas emocionales intensas como el miedo, la ira o la humillación (Bandura, 1999; Horgan, 2005).

Esta intensificación emocional asociada a narrativas de victimización colectiva puede potenciar la activación de sistemas límbicos relacionados con la amenaza y la supervivencia, reduciendo la capacidad de regulación cognitiva ejercida por la corteza prefrontal. Este desequilibrio favorece juicios morales simplificados y una mayor tolerancia hacia la violencia simbólica y física, elementos que facilitan el tránsito hacia los niveles superiores de la pirámide de la opinión (McCauley & Moskalenko, 2017b).

Por su parte, la pirámide de la acción representa el paso de la radicalización ideológica a la conducta violenta. Este tránsito implica no solo convicción ideológica, sino también factores disposicionales, situacionales y relacionales. Variables como la búsqueda de sensaciones, la necesidad de pertenencia, la identidad fusionada con el grupo y la exposición prolongada a entornos radicalizados actúan como catalizadores conductuales (Kru-

-glanski et al., 2014). En términos psicobiológicos, estas dinámicas se asocian a circuitos de recompensa y refuerzo social, donde la validación grupal y el estatus percibido fortalecen la repetición de conductas extremistas.

Un aporte central de la teoría es su énfasis en los mecanismos de radicalización —individuales, grupales y masivos— que operan de manera acumulativa.

Estos mecanismos interactúan con vulnerabilidades personales, como el estrés crónico, el trauma y la exclusión social, que pueden alterar los sistemas de regulación emocional y aumentar la susceptibilidad a discursos extremistas. Así, la radicalización no se concibe como un rasgo patológico individual, sino como un proceso dinámico emergente de la interacción entre biología, psicología y contexto social (McCauley & Moskalenko, 2008b).

La teoría de las dos pirámides ofrece un marco integrador compatible con los paradigmas biopsicológicos contemporáneos, al reconocer la complejidad del comportamiento humano y la no linealidad entre ideología y acción.

Su valor radica en permitir intervenciones preventivas diferenciadas, orientadas tanto a la reducción de la radicalización cognitiva como a la inhibición de los factores biopsicosociales que facilitan el paso a la violencia.





IMPPLICACIONES PARA LA PREVENCIÓN DEL TERRORISMO

La teoría de las dos pirámides ofrece un marco conceptual sólido para el diseño de políticas de prevención diferenciadas y basadas en evidencia. Su principal aporte radica en la distinción entre radicalización cognitiva y radicalización conductual, lo que permite orientar intervenciones de manera más precisa y proporcional.

Al identificar los niveles críticos de intervención —particularmente los niveles intermedios de ambas pirámides— es posible implementar programas que actúen antes de que los individuos transiten hacia la violencia directa.

Entre las estrategias recomendadas se incluyen programas de inclusión social y educativa, que fortalezcan la cohesión comunitaria y disminuyan la vulnerabilidad frente a ideologías extremistas; iniciativas de diálogo comunitario y mediación intercultural, que promuevan la resolución pacífica de conflictos; y programas de sensibilización y educación cívica, orientados a reforzar valores democráticos y tolerancia. Asimismo, resulta fundamental la prevención de la radicalización digital mediante la promoción de pensamiento crítico, educación mediática y contra narrativas que reduzcan el impacto de la propaganda extremista en entornos virtuales (Horgan, 2005; Neumann, 2013).

La teoría también respalda la implementación de programas de desradicalización y reintegración dirigidos a individuos que ya muestran conductas de apoyo a organizaciones extremistas, como la difusión de propaganda, la participación logística o la financiación de grupos violentos.

Estas intervenciones permiten disminuir la probabilidad de que los radicalizados intermedios asciendan hacia la acción directa, al ofrecer alternativas y reforzar redes de apoyo positivas.

Otro aspecto relevante es la priorización ética de los recursos. Al reconocer que la mayoría de los radicalizados cognitivos no se convierten en violentos, las políticas pueden enfocarse en quienes presentan un mayor riesgo real, evitando estigmatizar a amplios sectores de la población y respetando derechos fundamentales.

Este enfoque contribuye a fortalecer la resiliencia social, fomentar la cohesión comunitaria y prevenir la creación de círculos de exclusión o marginalidad que puedan facilitar la radicalización futura (McCauley & Moskalenko, 2017b).

La teoría de las dos pirámides proporciona un marco integral para la prevención del extremismo violento, que combina análisis académico, intervención práctica y ética en la asignación de recursos. Permite anticipar riesgos, actuar de manera diferenciada según niveles de implicación y desarrollar estrategias sostenibles que reduzcan la probabilidad de violencia mientras se preserva la diversidad de pensamiento y se fortalece la cohesión social.



CONCLUSIONES

La teoría de las dos pirámides de McCauley y Moskalenko (2008a, 2017a) constituye un marco conceptual robusto y comprensivo para entender la complejidad del extremismo y el terrorismo contemporáneo. Su principal aporte radica en diferenciar de manera explícita entre radicalización cognitiva —lo que las personas piensan, justifican o consideran legítimo— y radicalización conductual —lo que efectivamente hacen en términos de participación en acciones violentas o ilegales—. Esta distinción permite superar enfoques deterministas que asumen que la adhesión a ideas radicales conduce inevitablemente a la violencia.

El enfoque de las dos pirámides explica por qué solo una minoría de individuos radicalizados cognitivamente da el paso hacia la acción violenta, y facilita la identificación de factores críticos que median la transición de la opinión a la acción. Entre estos factores destacan la pertenencia a redes cerradas o comunidades radicalizadas, la influencia de líderes carismáticos o autoridades ideológicas, la percepción de agravios colectivos o personales, experiencias de humillación y victimización, y la disponibilidad de oportunidades concretas para la acción violenta (Borum, 2011; Kruglanski et al., 2014; Horgan, 2008). Comprender estas variables permite anticipar los riesgos y diseñar estrategias preventivas más precisas y eficaces.

Además, la teoría aporta herramientas valiosas tanto para la investigación académica como para la práctica profesional en seguridad, educación y políticas públicas.

Su carácter analítico y empíricamente fundamentado posibilita el desarrollo de estrategias de prevención y desradicalización que combinen inclusión social, educación, diálogo comunitario, programas de mentoría y fortalecimiento del tejido social. Al enfocar los recursos en los niveles intermedios de radicalización, donde la escalada hacia la violencia es más probable, se optimiza la eficacia de las intervenciones y se reduce la estigmatización de individuos o grupos que solo se encuentran en la pirámide de la opinión (Neumann, 2013; McCauley & Moskalenko, 2017b).

La teoría de las dos pirámides no solo enriquece la comprensión académica del extremismo y el terrorismo, sino que también proporciona un marco estratégico para la acción diferenciada y ética. Permite intervenir de manera selectiva y proporcional, fortaleciendo la resiliencia social, fomentando la cohesión comunitaria y promoviendo sociedades más seguras, inclusivas y resistentes frente al riesgo de violencia extremista.

Su aplicación combina análisis teórico, evidencia empírica y orientación práctica, convirtiéndose en un referente central para políticas de prevención y estudios sobre radicalización contemporánea.



REFERENCIAS

- Bandura, A. (1999). Moral disengagement in the perpetration of inhumanities. *Personality and Social Psychology Review*, 3(3), 193–209. https://doi.org/10.1207/s15327957pspr0303_3
- Borum, R. (2011). Radicalization into violent extremism I: A review of social science theories. *Journal of Strategic Security*, 4(4), 7–36. <https://doi.org/10.5038/1944-0472.4.4.1>
- Horgan, J. (2005). *The psychology of terrorism*. Routledge.
- Horgan, J. (2008). From profiles to pathways and roots to routes: Perspectives from psychology on radicalization into terrorism. *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 618(1), 80–94. <https://doi.org/10.1177/0002716208317539>
- Kruglanski, Arie W., Michele J. Gelfand, Jocelyn J. Bélanger, Anna Sheveland, Malkanthi Hetiarachchi, and Rohan Gunaratna. 2014. "The Psychology of Radicalization and Deradicalization: How Significance Quest Impacts Violent Extremism." *Political Psychology* 35 (February): 69–93. <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/full/10.1111/pops.12163>
- McCauley, C., & Moskaleiko, S. (2008a). *Friction: How radicalization happens to them and us*. Oxford University Press.
- McCauley, C., & Moskaleiko, S. (2008b). Mechanisms of political radicalization: Pathways toward terrorism. *Terrorism and Political Violence*, 20(3), 415–433. <https://doi.org/10.1080/09546550802073367>
- McCauley, C., & Moskaleiko, S. (2017a). *Radicalization to terrorism: What everyone needs to know*. Oxford University Press.
- McCauley, C., & Moskaleiko, S. (2017b). Understanding political radicalization: The two-pyramids model. *American Psychologist*, 72(3), 205–216. <https://doi.org/10.1037/amp0000062>
- Neumann, P. R. (2013). The trouble with radicalization. *International Affairs*, 89(4), 873–893. <https://doi.org/10.1111/1468-2346.12049>
- Schmid, A.P. (2013) *Radicalisation, De-Radicalisation, Counter-Radicalisation: A Conceptual Discussion and Literature Review*. The International Centre for Counter-Terrorism, The Hague. <https://doi.org/10.19165/2013.1.02>